

Anne Huffschnid\*

## ↳ El nuevo teatro mexicano: la *performance* política de Fox y Marcos

Toda política se estrena en el espacio de la teatralidad colectiva: el acto simbólico de hablar y actuar en público antecede, inaugura, anuncia lo que entendemos por actos propiamente políticos, basados –al menos en las democracias formales– en la permanente construcción de autoridad y legitimidad ante los demás. Hay un sinnúmero de actores-políticos que apenas saben cumplir con los requisitos básicos para estar “en escena” y, por otro lado, unos cuantos que tienen auténtico poder escénico y la audacia de renovar y transgredir sus respectivos géneros. Son éstos últimos quienes disponen del olfato y la imaginación para intuir lo que sucede en su auditorio “ahí abajo”, comprender sus angustias y deseos, su hartazgo y sus ganas de ser tomados en cuenta por “los de arriba” (del escenario). Los hay populistas y populares, mediáticos y subversivos, admirados por unos y despreciados por otros. Son los maestros del teatro político interactivo y, más allá de todo abismo de ideologías y trayectorias, los unen las críticas provenientes de las trincheras de la *realpolitik*, que les reprochan confundir el serio oficio de la “Política con mayúscula” con una gran puesta en escena, con el *show* o el espectáculo, el circo o la farsa. Se les envidia, pues, que sepan convertir el espectáculo político tradicional, gris y predecible, en uno sorprendente y conmovedor: que logren incidir en los imaginarios.

En México, tierra de máscaras y teatro *par excellence*, nacieron en años recientes dos personajes emblemáticos que han logrado (con)mover al mundo espectador: el subcomandante Marcos, guerrillero-escritor enmascarado con su pipa y sus cananas cruzadas, y el presidente-ranchero Vicente Fox, con sus botas vaqueras y vestido preferentemente de mezclillas. Sus fechas de nacimiento son, respectivamente, el 1 de enero de 1994 y el 2 de julio del año 2000.

Tanto el espectacular levantamiento indígena como la victoria electoral de Fox y con ella el fin del régimen priísta son, sin duda, “acontecimientos discursivos” (Link 1986) que inauguran –cada uno de muy distinta manera– un nuevo escenario simbólico que trasciende en mucho el limitado horizonte de la *realpolitik*, es decir la simple alternancia

---

\* Periodista e investigadora. Este artículo está basado en un informe de investigación titulado *Die Spiegel-Strategie. Zur Wortergreifung der Zapatistas und ihre Resonanzen in der mexikanischen und internationalen Öffentlichkeit* [La estrategia espejo. Acerca de la toma de la palabra por los zapatistas y sus resonancias en la opinión pública mexicana e internacional], elaborado por la autora con el apoyo de la Fundación Volkswagen, como resultado de una investigación concebida en colaboración entre el Instituto de Estudios Iberoamericanos de la Universidad Libre de Berlín y el Centro de Investigaciones y Estudios en Antropología Social (CIEAS), México. Ese informe de investigación constituye además la base de una tesis de doctorado en preparación. Véase también Huffschnid 1997, 1998 y 2000.

o una posible reforma constitucional en beneficio de los pueblos indígenas. Después de estos acontecimientos, ya nada será igual: ni la iluminación mediática, ni los libretos políticos, ni los actores o los espectadores. De ese modo, tanto el “ya basta” zapatista como el “ya” foxista se inscriben, literal e innegablemente, en una nueva etapa de democratización, concebida como un, ahora sí, irreversible proceso de apertura y renovación. Por otra parte, más allá de toda semejanza estilística, ambos actúan desde paradigmas diametralmente opuestos: el indio como metáfora del excluido vs. el empresario como protagonista del imaginario mercantil del foxismo; otredad contra integración; diversidad y dignidad contra desarrollo e inversión.

Partiendo de esa dualidad-dicotomía, plantearé a continuación algunas observaciones acerca de la configuración de sus respectivas estrategias escénicas y discursivas<sup>1</sup>. Mi lectura-mirada enfocará –inevitablemente diría– lo que considero verdaderamente espectacular y pionero en el nuevo teatro mexicano: la súbita presencia protagónica de los que no la han tenido nunca: los indios insurgentes.

### **El drama como duelo: ¿Fox vs. Marcos?**

A primera vista (y lectura), y más allá del evidente abismo que los separa y distingue, el empresario y el insurgente parecen tener, sin embargo, algo en común: tanto Fox como Marcos han fundado sus respectivos “ismos”, difíciles de etiquetar, dentro de los parámetros tradicionales de la dramaturgia política. Ambos, zapatismo y foxismo, son caracterizados con frecuencia como indefinidos y camaleónicos, vacíos y carentes de ideología pero cargados a la vez de espectacularidad e irreverencia por los ritos y rituales del *establishment*.

Para sorpresa (y espanto) de los adictos y acostumbrados al formalismo mexicano, el presidente informal suele romper, por ejemplo, con el protocolo y los usos y costumbres republicanos todas las veces que puede. “Hola rey”, saludó, con cierta perplejidad, al Rey Juan Carlos de España cuando éste lo felicitó por teléfono con motivo de su triunfo electoral en julio de 2000. Cinco meses después, en el podio del Palacio Legislativo y envuelto en la banda presidencial y con el estandarte tricolor a su espalda, inició su discurso de toma de posesión del cargo presidencial con un paternal saludo para sus cuatro hijos adoptivos (“hola Ana Cristina, hola Paulina, hola Rodrigo y hola Vicente”) antes de dirigirse con toda serenidad al “Honorable Congreso de la Unión”. Apenas una hora antes había estado desayunando, en camisa arremangada, con niños de la calle en el barrio de Tepito. Para colmo, como buen católico confeso, inició su histórica jornada con una breve y meditativa visita a la Basílica de Guadalupe, una verdadera provocación para el México laico.

Más de seis años antes, el mismo símbolo, una gigantesca bandera nacional, decoraba un escenario completamente distinto: un estrado de madera frente a un anfiteatro improvisado en plena selva en un claro ahora repleto de lonas de plástico y tiendas de

<sup>1</sup> Por cuestiones de espacio aquí sólo puedo esbozar algunos de los elementos claves tratados en el informe de investigación citado más arriba y debo dejar de lado tanto el abanico de resonancias –tema central del estudio– como también las reflexiones teóricas y metodológicas.

campaña. Los tonos verdes del bosque que lo circunda se diluyen en la noche, grandes reflectores iluminan el podio, miles de personas sentadas en troncos partidos esperan, gritan, aplauden con impaciencia. Por fin se acerca al micrófono el subcomandante Marcos con su inconfundible pipa humeante y la camisa también arremangada: “Buenas noches”, saluda, lacónico, a los presentes, “Bienvenidos a bordo”. El barco es ese lugar llamado Aguascalientes<sup>2</sup>, construido por los zapatistas en medio de la nada selvática y convertido ahora, según Marcos, en “el Arca de Noé, la Torre de Babel, el barco selvático de Fitzcarraldo, el delirio del neozapatismo, el navío pirata” (EZLN-3). Sin duda, la Convención Nacional Democrática (CND), convocada por el EZLN en agosto del 1994, puede ser considerada como el estreno del insólito teatro de los nuevos zapatistas: una guerrilla que recurre a un personaje cinematográfico (Fitzcarraldo), reclama para sí el “delirio”, se presenta como “pirata” y lleva a cabo un desfile militar en el cual los rifles están adornados de banderitas blancas.

Tanto Marcos como Fox se desenvuelven, en efecto, como talentosos maestros de ceremonias. Siendo dramaturgos, actores y personajes en una sola persona, actúan como teatreros integrales dotados de carisma y soltura escénica, sentido del humor y cierta extravagancia en lo que se refiere a vestuario y utilería, escenografía y set. “Imagen vs. Imagen” reza la portada del semanario *Proceso* (1264), donde se los muestra a los dos montados a caballo, en una postura curiosamente parecida. Ambos, señala el columnista René Delgado (2000), “crearon una imagen de sí mismos”. Inventándose a sí mismos como su propio personaje principal actúan “con o, como es el caso de Marcos, sin ayuda profesional” como un diseñador y al mismo tiempo como su producto: son hombres-conceptos.

Denise Dresser (2001b) afirma que Fox “inventó un producto —el cambio—, salió a venderlo, y la mayoría de los mexicanos lo compró el 2 de julio”. Desde entonces, el presidente sirve como “pantalla colectiva sobre la cual el país proyectó sus sueños y exorcizó sus pesadillas”. Cada mexicano “colocó sobre la espalda de Fox sus propias aspiraciones, sus propias metas, sus propias promesas”. Lo mismo se dijo, y con razón, un sinnúmero de veces sobre el subcomandante Marcos. El portavoz del movimiento zapatista se construyó, probablemente sin querer, como una gigantesca pantalla de proyección, que absorbe y a la vez refleja todo lo que tiene enfrente. Fue precisamente esa proyección interactiva del EZLN la que irritó tanto a los representantes del régimen anterior. De “carácter mutante” lo caracterizó Emilio Rabasa Gamboa, ex-encargado oficial de diálogo —es decir, prácticamente desempleado durante los cuatro años que duró el silencio entre el gobierno y los rebeldes— “una organización guerrillera que adapta su propaganda a lo que su público desea escuchar” (*La Jornada* 1999).

En lo que se refiere a sus estrategias discursivas, ambos suelen desconfiar de los intermediarios políticos tradicionales (los partidos, por ejemplo) y prefieren dirigirse directamente a su público respectivo (“la sociedad civil”). Según constata el intelectual católico Javier Sicilia (2000), lo seductor en ambos discursos alejados de los repertorios clásicos son “sus capacidades para articular un discurso ético más allá de lo ideológico” que consiste en “decirnos que la ética [como sinónimo de un mundo mejor] es posible”.

---

<sup>2</sup> Nombre ficticio, inspirado explícitamente en la convención histórica de las principales fuerzas revolucionarias, entre ellas el zapatismo, realizada en octubre de 1914 en la ciudad de Aguascalientes.

En su reconstrucción mediática, lo que antes parecía una pelea abstracta entre insurgencia y régimen, se ve transformado hoy en día en una especie de duelo de hombre a hombre. No obstante, los medios —que no pueden concebir dentro de sus parámetros mercantiles una *performance* que no sea al mismo tiempo *publicity*— no lo reconstruyen ni siquiera como duelo ritualizado en términos de la batalla clásica, sino que lo trivializan aún más como una competencia o concurso por el *rating* en el mercado político. Es una metáfora tentadora y tramposa a la vez: aunque Fox y Marcos, a diferencia de los regímenes anteriores, se parecen cada vez más a competidores (de imagen) en vez de a enemigos (militares), en sentido estricto no lo son. Y no lo son por la simple razón de que no pueden competir entre sí en el mercado político quienes no aspiran a lo mismo ni pretenden vender productos comparables. Mientras que Vicente Fox sueña con convertir el país a la brevedad en una democracia modelo y pacificada para, acto seguido, multiplicar las ventas de botas y aguacates *made in Mexico*, el dirigente zapatista ofrece apenas una vaga idea infinitamente más compleja y ciertamente menos vendible: la de que los indios de México no (sólo) se conforman con “vochos, changarros y tele”, lema preferido del foxismo, y que la inclusión que reclaman no equivale a la “integración” que les ofrece Fox. Y que el reconocimiento de su derecho a la diferencia, entendida como el doble derecho a otredad y participación, tiene algo que ver con el derecho del “México ampliado” (Monsiváis 2001) a su diversidad. En este caso, lo indígena no es sino un punto de partida, una “puerta para que se reconozcan otros Méxicos excluidos”, le comenta Marcos a Carlos Monsiváis en una larga plática (Marcos/Monsiváis 2001), y enumera: “mujeres, jóvenes, homosexuales, lesbianas y transgéneros”. En una entrevista con Julio Scherer (Marcos/Scherer 2001), el insurgente afirma categóricamente: “planteamos un mundo antitético al que representa Vicente Fox”, y explica: “Nosotros estamos marchando el mundo que camina hacia el reconocimiento de las diferencias y él está caminando al mundo que va a hegemonizar y homogeneizar no sólo al país sino al planeta entero”.

Querer entender el porqué de lo que el sociólogo francés Yvon le Bot (1997) ha denominado “reencantamiento del mundo”, la enorme atracción que la puesta en escena zapatista ha ejercido sobre amplios auditorios dentro y fuera de México, nos ubica, diría que casi automáticamente, en el terreno del discurso y su análisis<sup>3</sup>. Aunque la profundización

<sup>3</sup> El concepto de discurso que me propongo para la “lectura de la rebelión” es uno forjado por las diversas escuelas posestructuralistas, basado en conceptos de Foucault (por ejemplo Schöttler 1986 y 1988; Frank 1988; Foucault 1999) y trabajado por la llamada “escuela de Bochum”, encabezada por el lingüista alemán Jürgen Link (1986, 1988 y 1994; Link/Link-Heer 1990). Según este concepto, los discursos (especializados) de los diversos ámbitos sociales están “institucionalizados como formas del habla social y prácticas del conocimiento”, asignan al parlante una “legitimación particular” y están siempre vinculados “con efectos de poder” (Disselkötter/Meer/Thiele 1996:114). Este enfoque rompe por un lado con el reduccionismo marxista tradicional, que tiende a subordinar el lenguaje a las condiciones materiales y sociales. Por otro lado, también se distingue notablemente de lo que la escuela de Jürgen Habermas entiende por discurso: mientras éste último se refiere a las posibilidades de la comunicación racional entre portadores de discursos en condiciones de igualdad, el concepto “foucaultiano” enfoca sobre todo la relación entre el lenguaje y el poder (Link 1986: 5). No obstante, y a diferencia de ciertas posturas posestructuralistas, no entendemos el objeto de nuestro estudio como engranaje omnipotente donde se reproducen eterna y predeciblemente los mismos efectos de poder, sino más bien como una interacción discursiva en movimiento, donde se producen y provocan también “efectos de sentido incontrolables e impredecibles” (Forget 1988: 314).

en la reflexión teórico-metodológica rebasaría en mucho el espacio de este artículo, quisiera esbozar al menos un par de premisas de trabajo, resumidas al extremo, para la exploración del teatro discursivo que aquí nos concierne<sup>4</sup>.

“Saber hablar es poder decir y poder actuar” (Castaños 1984: 12), el lenguaje no sólo refleja sino que estructura y crea la esencia misma de nuestra experiencia y/o conciencia social. Es decir, el análisis de este “hablar” en el contexto de una formación discursiva dada (aunque nunca estática) no distingue entre lo “dicho” y lo “hecho” sino que concibe “la palabra” como praxis o actuación/*performance* social. El zapatismo armado y hablante parece comprobar, mejor que ningún otro movimiento social y/o clandestino, la veracidad de esta premisa básica de cualquier análisis del discurso: que el “decir” genera (contra)poder, que la palabra muy bien puede servir de arma, que el texto produce política y que las “prácticas discursivas”, al menos en ciertas circunstancias, le mantienen a uno con vida.

En el caso de los zapatistas, su toma de las armas se convierte, rápidamente, en una toma de la palabra y lo que en un inicio fue planteado como un “ejército de liberación” clásico se transforma, ahora sí literalmente, en una “guerrilla discursiva”. El hecho de que los miles de insurgentes hayan podido sobrevivir, física y políticamente, no dependió sin duda de su pobre poderío militar, sino más bien de la omnipresencia y elocuencia de su producción textual y, sobre todo, del hecho de que ésta fue (y es) recibida y leída con interés e incluso con placer —a diferencia de lo que suele suceder con el discurso revolucionario clásico.

Suponemos entonces que es a través de su palabra que los zapatistas se autoconstruyen como actores en la escena pública. En términos teóricos entendemos esta escena pública como “interdiscurso”, definido por el lingüista alemán Jürgen Link como un conjunto de “dispositivos de integración discursiva” (Link 1994: 125) entre los discursos especializados de una sociedad (Foucault), que se produce en los espacios textuales de la literatura y la política, pero sobre todo como multiplicador más eficiente, en los medios de comunicación<sup>5</sup>. “En tanto escriben, son, existen”, resumen acertadamente los editores de una colección de cuentos publicados en España (sub. Marcos 1997: 11). Y, como reza

<sup>4</sup> En el prefacio de una tesis de licenciatura presentada por un tal Rafael Sebastián Guillén Vicente que se propone explorar “prácticas discursivas y prácticas ideológicas” encontramos una cita extraída del “Orden del Discurso” de Foucault: “El discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación sino aquello por lo que y por medio del cual se lucha” (Guillén Vicente 1980). El hallazgo resulta curioso y delicado a la vez: curioso, porque según revelaciones del Gobierno mexicano, el autor de la tesis sería supuestamente el precursor civil de quien más tarde se iba a convertir en el subcomandante Marcos. Asumiendo —sin conceder— que eso fuera cierto, entonces el joven foucaultiano antecedería, metodológicamente, su propia práctica discursiva como guerrillero. El hallazgo es igualmente delicado porque no quisiéramos caer en la trampa de una búsqueda estéril (y policiaca) de los rostros “verdaderos” detrás de la máscara. Quien se propone analizar prácticas discursivas se tendrá que atener a lo dicho, es decir, tomarles literalmente la palabra a los hablantes y no desviarse en especulaciones acerca de supuestas intenciones no-dichas. “Marcos nació el 1 de enero del 1994”, suele constatar el subcomandante a las repetidas interrogaciones acerca de quién es. Hasta que no diga otra cosa, no tenemos porqué dudar de su palabra.

<sup>5</sup> Cabe señalar que no entendemos los medios de comunicación como meros “multiplicadores” o “intermediarios” de mensajes o partículas de realidad, sino más bien como creadores e (inter)locutores de otra realidad construida. “La actualidad [mediática] no es un simulacro porque el discurso que la construye no representa nada: no hay, en ningún lado, una original” (Verón 1987: IV).

el título de un artículo de la revista *Guillotina*, parafraseando la vieja consigna del movimiento campesino, “La palabra es de quien la trabaja” (Moreno 1998). Es decir, lo que está en disputa en el nuevo teatro político ya no es (solamente) la tierra, sino la palabra misma. Los nuevos zapatistas sí la trabajan y por lo tanto les pertenece.

Entiendo esta toma de la palabra zapatista como un ejercicio de habla desde un lugar novedoso y paradójico, el de un movimiento indio que se hace visible (y legible) a partir de su andar enmascarado. Con ello, se inauguran como hablantes-actores, portadores de un “discurso emergente” (Raiter/Muñoz 1996) que trasciende, subvirtiéndola, la palabra institucional indigenista tan largamente gestada en el México posrevolucionario. “Sólo la primera persona, en boca de los mismos indígenas, puede neutralizar su condición de tema que es descrito en tercera persona” (Carbó 1995b: 11b). Lo que está en juego es precisamente este salto de la tercera a la primera persona, del “ellos” al “nosotros”, del objeto-descrito al sujeto-hablante. Partiendo además del concepto de la “intervención discursiva” que permite “cuestionar e interrumpir otros discursos y así constituir nuevos sujetos” (Laclau 1988: 57), concibo entonces el discurso neozapatista como una especie de intervención subversiva en el “interdiscurso” (social, político y cultural), no sólo de México, justamente en sus intersecciones entre literatura y medios, poesía y política.

Por último, para acercarnos a este drama (también) discursivo, no hay instrumento más eficaz que la lectura misma. Es más, no hay otro, diría yo. La lectura como ejercicio de una cierta “mirada” que abarca los actos de leer, escuchar y mirar<sup>6</sup> con el fin de detectar recursos y estrategias, elementos de construcción y configuración de escenas de interlocución e interlocutores. En este caso, mi mirada-lectura enfocará las “maniobras de des y reenganche” (Link 1986: 7) dentro de los sistemas discursivos establecidos que tienden a subvertirlos. En el centro de mi análisis del discurso zapatista está, por así decirlo, la subversión y no la reproducción discursiva.

## Marcos como máscara parlante

Regresando a la –supuesta– rivalidad entre el Presidente Fox y el subcomandante Marcos: si el presidente carismático es la permanente reconstrucción de una imagen autocreada, el guerrillero-intelectual también lo es, pero no es sólo eso. Puesto en términos teatrales: el actor Vicente Fox, el ex-empresario con nombre, apellido y fecha de nacimiento, representa un solo personaje, el Presidente de la República, aunque con varias facetas. En cambio, el actor Marcos no es en realidad una persona, sino un personaje. Actúa como una multiplicidad de voces detrás de un “pasamontañas vacío” que varían según la función que él adquiere en cada contexto: es vocero o cronista, traductor o moderador, poeta o ensayista, habla desde el “yo” o el “nosotros”, o con la voz de alguno de sus más célebres personajes, el Viejo Antonio, el Anciano Indígena, o Don Durito, el escarabajo parlante. “Según el arte, el actor debe permanecer oculto para que el perso-

<sup>6</sup> La lingüista Teresa Carbó –muy apreciada colaboradora en el estudio arriba mencionado– bien la compara con “una labor de relojería”: si se deconstruye el reloj, éste se detiene, se neutraliza el efecto global y “se ofrece a una mirada que es paciente y trae lupa” (Carbó 1984: 10). Con esta “lupa” nos acercamos al fenómeno, sin pretender negar o neutralizar la propia posición discursiva, siguiendo el lema de Carbó de que leer también es hacer.

naje viva”, señala el director de teatro Luis de Tavira a la revista *Proceso* (1271) sobre el actor Marcos. “En la ficción el actor no importa, ni interesa”.

Sin embargo, a muchos de sus admiradores les sigue importando. La tentación caudillesca permanece a pesar de sus notables esfuerzos por combatirla. A principios de marzo en el pueblo de Tepoztlán, al sur de la Ciudad de México, ante las silbatinas y los gritos de sus seguidores desesperados, el subcomandante advierte, una vez más: “Marcos no existe. No es. Marcos es una sombra, sólo el marco de una ventana que ustedes están viendo, detrás de mí están las comunidades y mis compañeros jefes”. Esa ventana, según Marcos, debería servir para asomarse a la realidad y la cosmovisión indígena. “El fuego de luces muchas veces no dejaba ver lo que la ventana mostraba y la gente se quedaba a ver el marco” (EZLN-10).

Solamente así, como marco-personaje construido por sí mismo, por sus compañeros zapatistas y por sus múltiples interlocutores, podemos concebir a Marcos –hombre blanco, barbudo y evidentemente formado en un ambiente intelectual urbano– como portavoz de los indios insurgentes, hablando en nombre de ellos o incluyéndose también él en el gran nosotros indígena. La construcción de “portavoz” requiere para su funcionamiento el cumplimiento de dos condiciones básicas: primero, sin la “autorización” explícita de aquellos en cuyo nombre habla no podría hablar y seguir hablando; y segundo, sin dominar las lenguas y los lenguajes del “mundo moderno” (blanco) en un sentido amplio, no podría ser escuchado. Como “lazo intercultural” lo describe el columnista político Julio Moguel (2001) con motivo de su ponencia ante el Tercer Congreso Indígena (CNI) en Nurío, Michoacán [EZLN-8], que “universaliza por medio de su discurso o su palabra un lenguaje que, como el indígena, aparece o se presenta en los códigos del conocimiento occidental como particular”.

En esa constante travesía entre los mundos, Marcos no ha pretendido, a pesar de lo que reclaman sus detractores, encarnar lo indígena. “Su carisma, la confianza que ha adquirido en el seno de las comunidades indígenas se debe en parte a la respetuosa distancia que ha sabido conservar. Sólo así puede funcionar como una ventana, un puente entre ambos mundos” (Le Bot 1997: 17).

Poco después de su visita a la selva, a principios de 1999, el escritor Manuel Vázquez Montalbán le contestó a la curiosidad de los reporteros, probablemente con una sutil sonrisa maliciosa: “Me encontré a alguien que se parecía mucho a él [...] es muy difícil afirmar que uno se ha encontrado con *Marcos* porque con pasamontañas todos se parecen” (Vázquez Montalbán 1999a). La voz inconfundible cuya “real-existencia” a la vez se diluye entre las voces que representa, puede ser (de) todos o puede ser (de) ninguno<sup>7</sup>.

Es esa no-existencia enmascarada, más que cualquier asomo ideológico, la que provoca e irrita tanto a sus detractores. El argumento más trivial es el argumento legalista que sostiene, por ejemplo, el columnista Sergio Sarmiento al afirmar que “un acuerdo firmado por personas que no se identifican carece de validez legal” (Sarmiento 2001). El

<sup>7</sup> La defensa que el propio Foucault hace del anonimato en su entrevista “El filósofo enmascarado” (Foucault 1999: 13-21), me parece significativa para nuestro contexto: dice haberlo escogido “por nostalgia por una época cuando lo que yo decía –siendo un completo desconocido– tenía cierta posibilidad de ser escuchado. El punto de contacto con el lector no estaba predeterminado. La incidencia del libro aparecía en lugares inesperados y se perfilaban formas que yo no había tenido en mente” (Foucault 1999: 13/14).

historiador Enrique Krauze (2001), quien al menos reconoce “la creatividad gramsciana en la revolución cultural de Marcos” y describe bien el pasamontañas como “marca maravillosa” en los mercados imaginarios, sin embargo sólo la “lee” como equivalente a la “simulación”. Su lectura de la máscara como “manifestación del disimulo, como homenaje a la Forma, como una manera de ocultar lo que en verdad se es” (*Letras Libres* 2001) desemboca en una esperanza simplista: que después de todo, y “para alivio de todos los mexicanos”, Marcos “cambie la máscara por la transparencia” (Krauze 2001).

Otra lectura, diametralmente opuesta, es la de la “máscara como estrategia” como la propone, en la misma revista, el autor estadounidense Pete Hamill (2001). Partiendo de su fascinación por las manifestaciones teatrales de la cultura popular, éste desarrolla una analogía –nada trivial– con los muy respetados enmascarados de la lucha libre, a quienes nunca nadie se atrevería a pedirles que se quiten su antifaz. Para ellos, según Hamill, “ponerse la máscara es un acto existencial, la decisión de vivir de otra forma”, ya que “su verdadera identidad es la que ellos mismos han diseñado”.

A pesar de lo acertado de la analogía hay una diferencia significativa: mientras que los luchadores adquieren un rostro ficticio, el pasamontañas zapatista equivaldría al no-rostro o al sólo-ojos. El enmascaramiento zapatista invierte el poder de la mirada: ellos ven todo, pero no dejan ver todo. “La máscara es cosa inanimada, pero cosa que mira”, dice el poeta Hugo Hiriart (2001). En esa inversión deliberada, la investigadora Marisa Belausteguigoitia detecta y reconoce rasgos de ciertas “estrategias femeninas” (Belausteguigoitia 1995), nacidas entre las teatreras de los años sesenta y setenta que experimentaron con la *performance* de lo femenino, “lo difícilmente nombrable” en aquel entonces. Hoy lo invisible e innombrable son, también, los indios. Así, la máscara zapatista (como la escritura marginal, la posdata) aparece como recurso de una “resistencia ex-céntrica”, como parte de una “una puesta en acto de estrategias del no-poder, estrategias de los márgenes” (Belausteguigoitia 1995: 306), y subvierte la noción común de los usos registrados por historiadores y antropólogos, relacionados tradicionalmente con lo masculino y con funciones de control, mediación y camuflaje. La máscara zapatista, en cambio, no pretende controlar o mediar sino exhibir la propia invisibilidad<sup>8</sup>.

Finalmente, la máscara no sólo actúa como requisito teatral sino a la vez como metáfora *leitmotiv* del discurso zapatista, estrechamente vinculada con el espejo. “Si quieren saber quién está detrás del pasamontañas tomen un espejo y véanlo” (Marcos en Huffschmid 1995: 58). Es decir que la máscara como lugar vacío se convierte en un espejo en el cual el interlocutor-observador se enfrenta a sí mismo. “El pasamontañas es un espejo para que los mexicanos [...] se descubran, para salir de la mentira y el miedo que los enajenan”, escribe Yvon Le Bot (1997: 16). “Un espejo que llama al país a interrogarse a sí mismo sobre su porvenir, a reconstruirse, a reinventarse”.

Sin embargo, habría que agregar, no basta con reconocerse a sí mismo. Para llegar al otro lado, a terreno verdaderamente desconocido y novedoso, habría que traspasar el mero reflejo de lo propio y trascender el espejo enmascarado. Los zapatistas parecen ser conscientes de ello. “Deben ver que somos el espejo rebelde que quiere ser cristal y rom-

<sup>8</sup> Tiene mucha razón Belausteguigoitia al lamentar que las mujeres no hayan logrado colocar una traductora, equivalente a Marcos, “con humor, pluma y poder” (Belausteguigoitia 1995: 304) para representar a las mujeres indígenas, ciertamente “el colmo de la invisibilidad”.



perse”, les dijeron a sus invitados en lo que llamaron el “Encuentro Intergaláctico” en el verano de 1996 (EZLN-4).

## El zapatismo, visibilidad en carne y palabra

“Nosotros, sólo mirada y voz”, se ha presentado, a lo largo de estos siete años el zapatismo ante su público, estableciendo con ello una equivalencia: mirar (y ser mirado) y hablar (y ser escuchado). Su escenificación equivaldría entonces a un complejo ir y venir entre presencia física y presencia textual. Desde esta perspectiva concebimos el más reciente *Zapatour* –la caravana de 23 comandantes y el subcomandante Marcos por doce estados de la República que culminó el 11 de marzo en el Zócalo de la Ciudad de México– como una especie de teatro callejero, catalizador de lo que Carlos Monsiváis (2001) describe como “visibilidad social”<sup>9</sup>. Si bien hubo antecedentes significativos de esa presencia corporal –la CND, los diálogos de San Andrés, el “Encuentro Intergaláctico”, la consulta de marzo de 1999 para la cual cinco mil delegados recorrieron el país–, ésta siempre se basó en el ejercicio de la escritura, en el teatro textual. Si Alma Guillermoprieto (2001) constata que Marcos “escribe la crónica de sí mismo”, comprimiríamos la afirmación aún más diciendo que en realidad se escribe a sí mismo<sup>10</sup>. Es, primero y sobre todo, a través de su palabra que los zapatistas circulan y se difunden por todas partes: en los escritorios y las pantallas, las primeras planas y las mesas de debate, en la capital y su periferia, en Venecia, París o en las calles de Nueva York.

Si entendemos la guerra zapatista, como surge Raymundo Mier (1995), como “acto de habla” y como “estrategia para devolver su sentido a las palabras”, entonces ésta se convierte en “un imperativo de escucha, una reconstitución de los recursos de la palabra”. A continuación esbozaré, muy brevemente, algunos de los elementos claves de esta búsqueda de “una nueva forma de escribir política” (González Casanova 1997).

Concibo el conjunto de sus textos como un complejo tejido-*collage* (“cóctel” como ellos mismos lo llaman) que combina –y se retroalimenta– de los más diversos repertorios discursivos (lo indígena, lo revolucionario, lo nacional-mexicano y lo “global”) que se recomponen en una secuencia de constantes choques culturales. El choque inaugural

<sup>9</sup> En su crónica fabulosa de la salida del *Zapatour* en San Cristóbal de las Casas (Monsiváis 2001), el autor describe esa interacción de miradas: “Han cambiado el lenguaje corporal y el ritmo del avance [...] y lo más inesperado es la mirada. Estos jóvenes miran y aceptan ser mirados y transmiten la sensación de lo nuevo: ya no se consideran los excluidos perennes de la visión ajena, se saben percibidos”. La caravana como “viaje del subsuelo a la superficie” habría llevado, según Monsiváis, “a las zonas de visibilidad social” a quienes anteriormente “han sido el paisaje inadvertido, los bultos nómadas, las sombras en los mercados, los objetos del choteo que remeda el modo de hablar castilla, los saltitos al caminar, la inocencia anterior al conocimiento.”

<sup>10</sup> Guillermoprieto (2001) se imagina el acto de escribir del subcomandante: “Un hombre recostado en una hamaca escribe la crónica de sí mismo. Fuma una pipa y no lleva pasamontañas. Con el rostro al descubierto, escribe, largamente, en las más altas horas de la noche lleva páginas y disquetes con relatos en los que alguien que es él pero que no lleva su nombre, sino el de Marcos, es el principal protagonista. Teclea y escribe, garabatea y escribe. Piensa y escribe, se ríe y escribe. [...] un hombre con el rostro desnudo se pierde en un laberinto de espejos: ¿cuál es su verdadero nombre? ¿qué tanto se parece a su invento? ¿dónde quedó su otro yo?”

se da cuando a mediados de los años ochenta los guerrilleros urbanos, acompañados por dirigentes indios de la zona, llegan al mundo desconocido de las comunidades indígenas. Desde su ignorancia, lo empiezan a descubrir. Admite Marcos en su plática con Le Bot que “cuando nace el EZLN, ese grupo sigue viendo al indígena como parte del pueblo, pero sin ninguna especificidad” (Le Bot 1997: 137). El afán inicial de transformar y politizar a los pueblos indios se convierte con el tiempo en una metamorfosis esencial del propio imaginario, de la que surge, según el relato del subcomandante,

una especie de traducción enriquecida de la perspectiva de la transición política. [...] De pronto, la revolución se transforma en algo esencialmente moral, ético. Más que el reparto de la riqueza o la expropiación de los medios de producción, la revolución comienza a ser la posibilidad de que el ser humano tenga un espacio de dignidad. La dignidad empieza a ser una palabra muy fuerte. No es aporte nuestro, no es un aporte del elemento urbano, esto lo aportan las comunidades (Le Bot 1997: 145/6).

Ya desde ahí, mucho antes de salir a la luz pública, el trabajo de la palabra se convierte en recurso de supervivencia. “Para poder sobrevivir teníamos que traducirnos a otro código”, le comenta Marcos a Vázquez Montalbán (1999b: 139). En los códigos del guerrillero urbano –a pesar de su propia formación literaria– la literatura no figuraba como valor predominante. “Cuando viene la etapa de las catacumbas frente a los intelectuales burgueses, la palabra no es lo más valorado. Queda relegada a un segundo plano”, confiesa en entrevista con Gabriel García Márquez (Marcos/García Márquez 2001). “Es cuando llegamos a las comunidades indígenas, cuando el lenguaje llega como una cata-pulta. Te das cuenta de que te faltan palabras para expresar muchas cosas y eso obliga a un trabajo sobre el lenguaje. Volver una y otra vez sobre las palabras para armarlas y desarmarlas”.

Después de su espectacular entrada en la escena pública y a través del contacto con el mundo exterior, los choques culturales se multiplican y con ellos el abanico de referencias discursivas. A partir del repertorio mexicano (la revolución, las luchas agrarias y la cosmovisión maya) empiezan a recurrir a la literatura y la filosofía universales (de Cervantes a Shakespeare, de Paz a Foucault) y a la vez incorporan algunos de los tópicos de debates “globalizados” como el neoliberalismo y la sociedad civil, los derechos humanos y la democracia, la utopía y el multiculturalismo. No obstante, dentro de esa variedad de fuentes llama la atención un vacío significante: aunque el discurso zapatista se nutre evidentemente del repertorio revolucionario –con toda la carga heroica machista y su buena dosis de “vocación sacrificial” y “mística de la muerte digna”, como bien señala Monsiváis (1994), en ningún momento recurre a una terminología socialista. Sustituye (y, según creo, no sólo sustituye) el parámetro de explotación por el del olvido e introduce “lo indígena” como metáfora de exclusión.

En esta estrategia, no inventan sino inauguran o reconquistan un sinnúmero de campos discursivos y simbólicos ocupados por la clase política o simplemente dejados vacíos<sup>11</sup>:

<sup>11</sup> En lo que Roger Bartra denomina como “el teatro” y creación mitológica de “lo mexicano” (Bartra 1987) detectamos al menos tres mitologías fundadoras del país que le sirven al enganche zapatista: el mito fundacional de la revolución (Zapata), la modernización (democracia y sociedad civil) y el mestizaje y el indigenismo (el nuevo “nosotros indígena”).

Zapata y la bandera, democracia y dignidad, sociedad civil y autonomía, pluralidad y diversidad. En su larga plática con Le Bot, Marcos señala que

el terreno de los símbolos es un terreno ocupado [...] al que uno tiene que entrar combatiendo para ocupar un lugar [...] No inventar un nuevo lenguaje, sino resemantizar o darle un nuevo significante y un nuevo significado a la palabra en la política [...] (Le Bot 1997: 348).

Así, en lo que se puede concebir como un permanente *trial-and-error* se modifican y reacomodan a lo largo de los años las nociones de lo étnico, lo nacional y lo internacional. Con el tiempo, el discurso anclado en lo nacional se “universaliza” (“Encuentro Intergaláctico en contra del Neoliberalismo”) y a la vez se “indianiza” para volver a aterrizar, más recientemente, en la escena mexicana con “la autonomía indígena” como su única bandera<sup>12</sup>.

En este permanente navegar por los distintos campos y repertorios hay constantes anclas de legitimación, como por ejemplo lo que llamaría el recurso histórico. La resignificación del mito zapatista, el primer traicionado por la revolución institucionalizada, constituye la más relevante, y exitosa, maniobra de “enganche” (Link 1986) del nuevo zapatismo. En el primer comunicado con motivo del aniversario luctuoso de Emiliano Zapata, fechado el 10 de abril de 1994 se le evoca en la figura de “Votán Zapata”, como síntesis de dos mitologías fundadoras del imaginario histórico del país: la historia real, aunque ya convertida en mito (Zapata), y la memoria mítica anclada en la mitología maya (Votán). Esa fusión entre historia, mito y memoria, atraviesa todos los tiempos y así se construye el eterno –y paradójico– retorno del espíritu rebelde: “Votán Zapata, luz que de lejos vino y aquí nació de nuestra tierra [...] Nombre sin nombre, Votán Zapata miró en Miguel, caminó en José María, Vicente fue, se nombró en Benito, voló en pajari-to, montó en Emiliano, gritó en Francisco, visitó a Pedro [...]” (EZLN-2).

En la era foxista, este recurso histórico se actualiza. Si por el anclaje en la legitimación original de la revuelta zapatista, al régimen priísta le correspondía el lugar de la dictadura de Porfirio Díaz, ahora el gobierno de Fox equivaldría al de Francisco Madero, el primer presidente después de la huida del dictador. Así dice una imaginaria carta del general Zapata, leída por Marcos en la ciudad de Cuernavaca (EZLN-9): “Yo veo que

<sup>12</sup> Aunque en el marco de este espacio no podré profundizar sobre estas “conquistas” discursivas y sus metamorfosis, quisiera señalar algunos de los que yo considero conceptos *leitmotiv* del zapatismo: dignidad, diferencia y pluralidad –“todos somos iguales porque somos diferentes” y “un mundo donde quepan todos los mundos” (EZLN-4)–; la fórmula democracia-libertad-justicia (véase una lectura minuciosa de la relación –nada casual– de estas “tres llaves” del discurso zapatista en el estudio de Rojo Arias 1997); el imperativo del “mandar obedeciendo”; las –indudables– huellas de un discurso martiroológico (la sangre, el sacrificio). Un ejemplo revelador es el concepto de democracia: “La propuesta democrática se construye después de enero de 1994 e incluye términos como tolerancia e inclusión, que no aparecían antes en el discurso zapatista. Es en esa confrontación con el exterior que empieza a construirse. Ahora las comunidades aportan su práctica que tiene sus límites: por lo regular resuelven sus problemas generales por consenso; los discuten en la asamblea y hasta que no salga la unanimidad no hay acuerdo. [...] Es válida para los problemas que realmente afectan a todos, por ejemplo, si la letrina va a estar en tal parte o dónde se va a establecer el límite del callejón [...] Pero hay otras cuestiones que exigirían tomar en cuenta lo que piensa la mayoría pero también lo que piensa la minoría. Es un proceso nuevo en las comunidades [...]” (Marcos en Le Bot 1997: 275).

este Fox quiere hacer lo mismo que hizo Madero, que después de la dictadura quería que todo siguiera igual, o sea que no cambiara nada”. Un día después, todavía en tierra morense, sostiene que “el hacendado porfirista de ayer es sustituido hoy por el banquero” (EZLN-11). Finalmente en su discurso de Xochimilco (EZLN-12), en obvia alusión a los ataques de las cúpulas empresariales contra la caravana zapatista, Marcos recuerda que en su tiempo, “el zapatismo no era controlable en los términos de la clase política de entonces [...] por eso el poder del dinero los repudió y llamó a Emiliano Zapata el Atila del Sur”<sup>13</sup>.

Ya constatamos que el zapatista era un movimiento altamente interactivo. Su particular combinatoria discursiva presupone un conocimiento de los efectos del discurso y a la vez de la mediatización de la sociedad. Cada uno de sus textos y cada uno de los encuentros físicos y epistolares con el mundo exterior contribuyen a crear escenas de interlocución. “No estamos buscando seguidores sino interlocutores”, resume Marcos este credo interactivo frente a Manuel Vázquez Montalbán (1999: 147). Es decir, la estrategia *trial and error* depende –deliberada y conscientemente– de sus resonancias, de la constante retroalimentación. “Vamos tocando puertas, encontramos una abierta, nos metemos, tocamos otras y así”, le dice Marcos al literato Juan Gelman (Marcos/Gelman 1996). Y en plática con Yvon Le Bot sostiene que “el zapatista es un lenguaje que se sabe escuchado. El saberse escuchado, es como la seguridad de un escritor que sabe que es leído; eso le da más libertad, más posibilidades de construir su discurso” (Marcos en Le Bot 1997: 350).

Es decir que su estrategia no está definida de antemano. La suya sería una puesta en escena “esencialmente anti-definicional” (Holloway 1997: 17) que se construye sobre el fundamento de una serie de lugares vacíos que se cargan de sentido y significado precisamente en el acto de su recepción. El más célebre de estos lugares vacíos es, sin duda, el “Ya basta” con el que se inaugura el levantamiento: lo que se afirma, categóricamente, es sólo que “algo” ya llegó a su límite. Este “algo” tendría que ser significado por quienes lo escuchan y “resuenan”. En esta misma lógica se construye el triángulo “vacío” entre “nosotros” (los zapatistas), “ustedes” (los interlocutores-aliados, la “señora sociedad civil”)<sup>14</sup> y “ellos” (el no-interlocutor, el poder). Un ejemplo ilustrativo de esta “política pronominal” es la ponencia que inauguró el “Encuentro Intergaláctico” (EZLN-4). Desde el principio se establece, retóricamente, el nosotros hablante: “Queremos presentarnos: nosotros somos el Ejército Zapatista de Liberación Nacional”, cuya esencia (“hombres y mujeres verdaderos”) se arraiga en el nosotros anteriormente negado: “Nosotros no existíamos [...] éramos como piedras, como plangas en los caminos. No teníamos palabra. No teníamos rostro. No teníamos nombre”. Pero en esa ocasión este autonombamiento va mucho más allá de la mera autoafirmación, porque los zapatistas afirman ante sus invitados interlocutores lo imposible en una poderosa trasgresión gramatical: “Detrás de nosotros estamos ustedes”.

<sup>13</sup> También Javier Sicilia (2001) constata un “extraño paralelismo” entre Zapata y Madero por un lado, y Marcos y Fox por el otro: “Madero y Zapata, en las figuras de Fox y de Marcos vuelven, casi un siglo después, a estar frente a frente”: el presidente y el líder insurgente, ayer y hoy, partícipes de la revolución que a pesar de tener el “mismo ideal –el fin de la dictadura– representa[ro]n dos proyectos de nación: el del viejo sueño democrático liberal y el del sueño indígena comunitario y autárquico”.

Esa frase, que ya se ha convertido en consigna paradigmática, resume a lo que apuesta, política y éticamente, el nuevo zapatismo: trascenderse a sí mismo, negarse a cualquier afán vanguardista a través de la fusión del “nosotros” y “ustedes” para finalmente, transgrediendo la noción misma de identidad, “dejar de ser lo que somos” y disolverse en el “todos que somos”. El nuevo “nosotros” incluyente<sup>15</sup> ya no se basa en una identidad indígena, necesariamente excluyente, sino en la otredad compartida. La exclusión, el olvido, la persecución y la intolerancia son sufridos no sólo por indios, sino también por mujeres, homosexuales, jóvenes, migrantes, presos y trabajadores, es decir, por todos los hombres y mujeres simples y ordinarios que no cuentan, que no son vistos, que no son nombrados.

Casi cinco años después, en su breve ponencia nocturna en Tepoztlán, Marcos retoma y actualiza su credo interactivo: “Nosotros somos ustedes. Yo soy tú”, ofrece y reclama “que modifiquen los libros del texto, dejando el último renglón vacío: esa lucha fue posible gracias a ... y ahí que cada uno de ustedes pone su nombre” (EZLN-10).

Es precisamente en la trasgresión de las reglas y convenciones del habla política donde radica la lógica profundamente paradójica del habla zapatista. Proclaman “cubrirnos la cara para así tener rostro” y “olvidar nuestro nombre para así ser nombrados”. Invierten los lugares asignados (“¿quién tiene que pedir perdón?” EZLN-1). Apuestan al empleo estratégico del humor, la duda y la (auto)ironía, reivindicando lo absurdo y la locura, y ciertamente también la cursilería.

En un encuentro con ilustres intelectuales un día después de su llegada al Zócalo, Marcos resume el soñar paradójico del nuevo zapatismo como “el arte de leer lo que no se ha escrito”. Al entretejer en su ponencia-cuento, así como de paso, al argentino Jorge Luis Borges y al poeta inglés Samuel Taylor Coleridge, plantea una vez más lo que Holloway bien llamó “(anti)política del desbordamiento” (Holloway 1997: 22). Una estrategia poética-política que se propone “desbordar” el amplio abanico de etiquetas y estereotipos relacionados tanto con “insurgencia” como con “lo indígena”. Al final aclara, en su género preferido de la posdata: “Yo sé que puede desconcertar a algunos el que, para hablar de la cultura desde los indígenas, recurra yo a otras voces, Borges y Coleridge en este caso, pero es que así me recuerdo y les recuerdo que la cultura es un puente para todos”.

Un par de días después, uno de los presentes, Manuel Vázquez Montalbán, afirmaba ante los reporteros su asombro por lo escuchado en aquella reunión: “Al menos se le

<sup>14</sup> Sin entrar en detalles acerca del (controvertido) uso zapatista del concepto “sociedad civil” quisiera ilustrar la importancia que tiene para el EZLN esa imaginaria “señora”. En una carta dirigida a otro grupo guerrillero, del Ejército Popular Revolucionario (EPR), Marcos señala: “Sólo quiero decirles que no queremos su apoyo. No lo necesitamos, no lo buscamos, no lo queremos. [...] el apoyo que queremos, el que buscamos y necesitamos es el de la sociedad civil nacional e internacional [...] que toda esa gente sin partido ni organización se ponga de acuerdo en lo que no quiere y en lo que quiere y se organice para conseguirlo (de preferencia por vías civiles y pacíficas) no para tomar el poder sino para ejercerlo. Ya sé que dirán que es utópico y poco ortodoxo, pero así es el modo de los zapatistas. Ni modos” (EZLN-5).

<sup>15</sup> Acerca de la centralidad del “nosotros comunitario” en el mundo maya, en este caso tojolabal, véase la entrevista al etnolingüista Carlos Lenkersdorf en Ceceña (1999). Poder incorporar la diferenciación que el tojolabal hace entre el “nosotros” inclusivo y el exclusivo –incluyendo o excluyendo al destinatario del acto de habla– resultaría revelador para un análisis lingüístico de ciertas transgresiones gramaticales del habla zapatista como la frase arriba mencionada.

debería pedir a Fox y compañía que citasen de vez en cuando a Borges y a Coleridge” (Vázquez Montalbán 2001).

### **La contrainsurgencia foxista: abrazar, no combatir, el (discurso del) otro**

Que esto suceda no es, para decir lo menos, demasiado probable. Desde la óptica foxista, la competencia con el subcomandante no se da en terreno intelectual sino en el de la imagen y de la escenificación teatral. Resulta evidente que Fox, a diferencia de sus antecesores –quienes, carentes de olfato y de talento escenográfico, nunca se atrevieron a invadir el escenario zapatista–, parece haber captado algunas de las claves de su éxito. Admite Santiago Panda, diseñador de la campaña presidencial de Fox, que ésta fue inspirada en Marcos y “su *marketing* más impresionante del mundo” (*Proceso* 1258), a quien le reconoce incluso los derechos de autor: “El principio de dispararle a la sociedad civil y rebasar a los partidos es de Marcos. Él vaticinó el triunfo de la ciudadanía”. Y añade, con admirable franqueza, que “hay mentes superiores, sin duda, y la de Marcos es una. Vicente no es una mente superior, él tiene la fuerza de la gente”. Igual que el “Ya basta” zapatista, el “Ya”, lema central de la campaña foxista, caracterizado por Pando (2000) como “mantra” que “viene a limpiar todo lo que hubo en la vida anterior”, fue construido como lugar vacío, donde los receptores (en este caso: electores) depositan sus hartazgos y sus esperanzas. Así, aunque estos lugares son ocupados por protagonistas-paradigmas opuestos –el indio y el empresario, la lógica gerencial y la comunitaria–, los poderosos “mantras” del foxismo y el zapatismo se sintonizan en su convocatoria para dejar atrás la (mala) “vida anterior”.

Esa equivalencia semántica (y semiótica) es retomada, por ejemplo, en la edición foxista de la foto oficial, difundida en todas las oficinas del Gobierno. Lo que ahí se observa ya no es, como antes, un presidente solemne y encorbatado, sino un Fox sonriente, en camisa, rodeado por lo que se supone constituye una especie de representación del “nuevo México”: niños, ancianos y estudiantes, un bombero y un campesino, un soldado y un futbolista, una indígena y un mariachi, en total “31 mexicanos comunes y corrientes” (Reforma 2001b)<sup>16</sup>. Al pie de la foto se añadió el lema “Todos somos México”, que recuerda inevitablemente la célebre consigna “Todos somos Marcos”, la ingeniosa protesta que dieron decenas de miles de prozapatistas civiles al intento oficial de desmitificar (es decir, re-personalizar) al subcomandante Marcos durante la ofensiva militar contra la comandancia zapatista, el 9 de febrero de 1995. La transferencia semiótica es evidente: lo que para el zapatismo es la máscara vacía, para Fox son los muchos rostros.

Intuyendo la importancia de una iconografía personalizada, Fox y sus asesores “responden” al pasamontañas y la pipa con las botas vaqueras y la famosa hebilla con el logo de Fox. A veces, incluso, llegan al extremo de la cita directa: después del llamado *Zapa-tour*, durante el cual Marcos había recibido un “bastón de mando” de grupos y organizaciones indígenas en distintas plazas públicas, el presidente, en un mensaje televisado

<sup>16</sup> Según lo que revela el periódico Reforma (2001b), para que fueran realmente mexicanos representativos, en la edición final de la foto se eliminó un molesto “pokémon” de la playera de un niño.

para “saludar” al Congreso Nacional Indígena (CNI), apareció de repente también con un pequeño bastón de madera, adornado ahora con un monito tricolor. En medio de un discurso que parece más bien heredado del indigenismo tradicional, con su *leitmotiv* de integración y desarrollo, modernización y, como añadido foxista, inversión, abundan las citas textuales del discurso zapatista: “Ya basta de esta infamia de cinco siglos. Ya basta de un México sin sus indígenas”, dice al anunciar un programa social para las regiones más marginadas del país (*La Jornada* 2001c) y retoma incluso la consigna preferida de los simpatizantes zapatistas: “Ya no están solos”.

En general, en la incipiente formación discursiva de la era foxista “la paz” parece desplazar el “mantra” de la “democracia” como fórmula mágica en el camino al bienestar de la nación: alcanzada ya la democracia electoral (como no-fraude) lo que se busca ahora es “la paz”, concebida por la imaginación hegemónica como no-guerra. “El debate ahorita es por la paz”, dice Fox (*La Jornada* 2001d), “todo lo demás, el debate ideológico, el día de mañana se dará”. En los apenas cinco minutos de su primer mensaje televisivo para darle “la bienvenida” a la marcha zapatista hay una docena de menciones de la palabra “paz”, subrayada además en la publicación del día siguiente (*Reforma* 2001c).

Incluso con respecto a lo que llamamos “política pronominal” del zapatismo detectamos ciertos paralelos en el discurso foxista: “Pido a todos los mexicanos que nos exijan, al Presidente al igual que al subcomandante Marcos, que ya firmemos la paz” (*La Jornada* 2001c). Apela, igual que Marcos, al “ustedes” (los mexicanos) para superar la dicotomía entre el “nosotros” (gobierno/presidente) y el “ellos” (los zapatistas).

Con todo ello, Fox no logra trascender los parámetros de su propio imaginario de empresario convertido en político. (Mal)entiende a su adversario como simple competidor político: “Para mí, Marcos está en campaña –así lo hicimos todos, en todas las plazas públicas del país, durante las campañas electorales”<sup>17</sup>. Como buen hombre del mercado y creyente en la competencia honesta, incluso les desea suerte a sus competidores: “Yo qué más quiero que tengan éxito, que les vaya muy bien, que junten a toda la izquierda”, afirma en entrevista con la periodista Mayté Noriega (*Reforma* 2001a). Y agrega, claro está, “me encantaría poder platicar aquí mismo en los Pinos”. Es precisamente ahí mismo, el lugar del “poderoso” *par excellence*, donde Marcos y sus guerreros simbólicos, según creo, no se sentarían jamás.

Por lo visto, y afortunadamente, Vicente Fox ya no cree en el combate clásico, o más bien combate invitando y abrazando. Confía en que tarde o temprano el otro será absorbido por la “esponja democrática” (*La Jornada* 2001c), una de las metáforas ingenuas del foxismo, pero no (lo) entiende. Tan es así que en un desliz significativo, al concluir una gira por Europa a finales de enero, el nuevo presidente les comunicó a los reporteros europeos que todo México aguardaba en este momento “con esperanza la visita de Sebastián Guillén” al Distrito Federal (*La Jornada* 2001a). Esa había sido justamente la estrategia policiaca fracasada del régimen anterior: insistiendo en el –supuesto– nombre civil del guerrillero, que había sido revelado en su momento por los servicios policiacos, se le quería arrancar su “máscara” de capital político y legitimidad acumulada en los años de escenificación como subcomandante Marcos. Al ser cuestionado por el comentario, Vicente Fox se justificó de la siguiente manera: “Nos estamos refiriendo a Sebastián

<sup>17</sup> En entrevista con el noticiario nocturno CNI Noticias (Canal 40; 7/3/2001).

Guillén porque ahora está participando en política”, como si antes todo hubiera sido un baile de máscaras<sup>18</sup>.

### No habrá botas...

“No habrá botas ni vaqueras ni militares”, decía Marcos en su cuento-ponencia, presentado poco después de su llegada al Zócalo (EZLN-14). Lo que habrá, según él, son sólo “pies desnudos”. Lo que se propone es superar la antigua lógica de clandestinidad versus contrainsurgencia. Es decir, en la *performance* paradójica de su propia existencia, los zapatistas no sólo se trascienden a sí mismos sino también a su otro, el presidente Vicente Fox.

Extraño fue el espectáculo que se dio el día anterior, el 11 de marzo, ante centenares de miles de espectadores reunidos en el centro del país. Negándose a la clásica escenificación populista, Marcos presentó un discurso anticlímax arrancando con una afirmación insólita: “Nosotros no deberíamos estar aquí”, sino –prosigue– las comunidades indígenas. En vez de encender los ánimos, en cierto sentido los calma. Previene cualquier afán vanguardista y reactiva el credo interactivo: “Aquí estamos para vernos y mostrarnos, para que tú nos mires, para que tú te mires, para que el otro se mire en la mirada de nosotros, aquí estamos y un espejo somos. No la realidad, sino apenas un reflejo. No la luz, sino apenas un destello. No el camino, sino apenas unos pasos. No la guía, sino apenas uno de tantos rumbos que al mañana conducen.”

Concluye con una petición: “México: no venimos a decirte qué hacer, ni a guiarte a ningún lado. Venimos a pedirte humildemente, respetuosamente, que nos ayudes. Que no permitas que vuelva a amanecer sin que esa bandera tenga un lugar digno para nosotros los que somos del color de la tierra” (EZLN-13). Y ya. Los enmascarados bajan del podio, se suben al autobús, el camión se aleja. Los presentes se quedan atónitos, como si “algo” que hubieran esperado, no hubiera sucedido. Luego asumen que lo “histórico” efectivamente ya pasó, y también ellos regresan lentamente, mientras recuperan el ánimo festivo, a sus casas. “Desconcertamos a sectores que hubieran esperado que fuéramos a tomar el palacio o a llamar a una insurrección generalizada”, admitirá el subcomandante unos días después (Marcos/García Márquez 2001).

Justamente la noche anterior, presenciamos –esta vez en pantalla– otra escenificación distinta de la que se hubiera podido esperar: una entrevista, transmitida por Televisa, con el ya legendario periodista veterano Julio Scherer, fundador de la revista *Proceso*. Un acercamiento casi íntimo, a pesar de la celebridad de sus protagonistas, donde ambos se abrazan y se tocan, literal y corporalmente, con cierta timidez, rompiendo con patrones establecidos de complicidad masculina. Ahí, interrogado respetuosa y cariñosamente por el periodista paternal (“Marcos, a usted le gustan los cuentos. ¿Por qué no nos cuenta uno?”), el subcomandante, con su voz bajita que tanto contrasta con su *outfit* marcial, se queda como desnudado de su usual coquetería, a veces sin palabras, a veces rebelde

<sup>18</sup> Poco después, los representantes de la clase política parecen haber recapacitado. Interrogado sobre la identidad de Marcos y si éste era en efecto Rafael Guillén, el secretario de gobernación, Santiago Creel, contestó escuetamente: “Yo al que conozco es al subcomandante Marcos” (Reforma 2001e).



(“si puedo”), casi siempre humilde. Y es tajante, como nunca antes, en su autocrítica: así le reprocha a “Marcos”, siempre en tercera persona, “no haber previsto esta personalización y protagonismo [...] Marcos es responsable también en eso, sí, sí puede ser que su dosis de vanidad, de protagonismo o de payasez [...] haya contribuido”. Otra crítica sería va para sus seguidores incondicionales: “La mayoría de nuestros pronunciamientos son muy discutibles y no se discuten [...] créeme que nos hace bien el debate de ideas [...] y lamentamos de una u otra forma que no se haya podido dar” (Marcos/Scherer 2001).

Se intuye ahí otro abismo: mientras que el EZLN pone de relieve, y muy conscientemente, la tensión ambigua entre su fragilidad (física y política) y su vestuario militar, para el presidente Fox, tan seguro de sí mismo, no existe nada que se parezca a la ambigüedad. Inequívocamente recurre a la signos de la masculinidad clásica, sus botas y su *look* vaquero, la orgullosa hebilla colocada justamente en el centro.

Para atravesar este abismo de códigos –discursivos, escénicos y corporales– habrá que construir el diálogo como “pista de aterrizaje”, como dice Marcos (Marcos/Monsiváis 2001). Un prerrequisito para ello sería lo que hasta ahora no ha habido: un reconocimiento formal del otro como interlocutor. Mientras que el ex-presidente Ernesto Zedillo declaraba abiertamente el hecho del zapatismo como “asunto muy menor” en la agenda del país (*La Jornada* 2000), por su lado, los zapatistas tampoco disimularon que no reconocían a la contraparte oficial: “Nuestro interlocutor no es el gobierno mexicano”, escriben después de la masacre de Acteal, en una carta dirigida a “la sociedad civil nacional e internacional. Ese, como dijimos, ya no escucha. Nuestros interlocutores son ustedes” (EZLN-6)<sup>19</sup>.

Ahora, y por primera vez, el presidente es reconocido como –posible– interlocutor, aunque sea como adversario: “Nosotros somos sus contrarios”, advierte Marcos en una carta (EZLN-7) presentada apenas un día después de la protesta constitucional de Vicente Fox, el pasado primero de diciembre, en su *comeback* después de un prolongado silencio de más que seis meses. Pero reconoce que “hay una diferencia radical en la forma en que llega usted al poder” y le concede un particular voto de confianza: “Usted parte de cero en lo que se refiere a credibilidad y confianza”, lo que equivaldría, si se quiere leer “con buenos ojos”, a no estar todavía bajo cero.

En las semanas siguientes se va suavizando el tono. Así, en entrevista del 2 de julio con Mayté Noriega, caracteriza la situación como “principio de algo” a partir del cual “se abre un terreno de nadie” (Marcos/Noriega 2001). En otra entrevista (Marcos/Loeaza 2001), el subcomandante reconoce al presidente como hombre-concepto comparable a sí mismo: si “detrás de Marcos hay un movimiento indígena en lucha por su reconocimiento”, entonces detrás de Fox estaría “el intento de una nación por transformarse completamente en un país nuevo, democrático y justo”.

Lo que en este novedoso “terreno de nadie” se juega para el EZLN, más allá de esta o aquella demanda, es nada menos que su propia desaparición. “El zapatismo como fuer-

<sup>19</sup> En esta apuesta por la interlocución civil, resulta reveladora la crítica que formuló Marcos al Consejo General de Huelga (CGH), después de que éste, con sus prácticas sectarias, llevó al movimiento estudiantil y su huelga universitaria de un amplio apoyo social al descrédito generalizado (entre abril de 1999 y la desocupación forzada del Campus por la policía, el 6 de febrero del 2000): “El CGH se queda sin interlocutor y en lugar de abrir interlocutores en otro lado, se encierra en sí mismo más y más. Si hubiéramos hecho eso, ni el movimiento indígena ni las comunidades zapatistas tendríamos nada que decir, nada que darle a nadie, nada que recibir” (Marcos/Monsiváis 2001).

za armada se acaba”, admite, sin rodeos, frente a Noriega (Marcos/Noriega 2001). “Ese colectivo, todo el EZLN, incluido el hombre que está detrás de la máscara, desaparece y entra a ser una persona común y corriente”. Lo que seguirá después, su probable conversión en fuerza civil y ciudadana, es hasta ahora una incógnita. Lo único seguro es que esta travesía de la clandestinidad a la “ciudadanización” conlleva sus riesgos: ya no sólo los militares –aunque soldados y paramilitares siguen cercando a las comunidades zapatistas–, sino sobre todo los que emanan de la banalización y trivialización mediática. Un ejemplo de ello es la apropiación de los íconos zapatistas por los *spots* comerciales. En un comercial de la tienda Viana, lanzado a las pantallas de Televisa a principios de febrero se ve un enmascarado con pipa, rodeado de otro con cámara, tecleando un mensaje: “Hemos decidido marchar a la ciudad en busca de satisfacer nuestro interés legítimo para mejorar las condiciones de vida de nuestra gente”, se va leyendo en la pantalla de una *laptop*. “Expertos del *marketing* sabemos que en Viana encontraremos todo para nuestros hogares” (*Proceso* 1269).

Hoy en día, en el *mainstream* postpriísta, se ha vuelto un lugar común constatar la contribución del EZLN a la derrota del régimen, no sólo como removedor de la (mala) conciencia para con los indígenas. “Sin el sacudimiento del 1 de enero acaso seguiríamos padeciendo el sistema político mexicano”, admite Enrique Krauze (2001). Y la columnista Denise Dresser (2001a) apunta que Marcos fue el “guerrillero perfecto para la dictadura perfecta”, que indudablemente “contribuyó a su caída”. Sin embargo, según Dresser, ahora el “líder anónimo” se tendría que adaptar al mundo posdictatorial. “Urge saber si Marcos será presidente de un partido o un movilizador de masas o un novelista o un escritor o un artista de cine o un locutor de radio o un padre de familia”. Los que se preocupan con tanta urgencia por definir quién será el enigmático subcomandante en un futuro son probablemente los mismos que años atrás preguntaban insistentemente quién había sido antes. No soportan, así parece, el vacío del pasamontañas.

Es probable que su mismo portador ya no lo soporte por mucho tiempo más. Últimamente, Marcos empieza a contribuir activamente a la re-personalización de su máscara. Poco antes de la salida del *Zapatour*, una famosa columnista de sociales, Guadalupe Loeaza, lo visita en la selva y le arranca un par de piezas de sustancia biográfica: partiendo del símbolo –sorprendentemente convencional– de la recién aparecida argolla en su mano<sup>20</sup>, confiesa detalles acerca de su estado civil (“estamos casados según nuestras leyes”), de planes familiares (“le estamos echando muchas ganas”) y presenta, aunque nunca en imagen, a su compañera Mariana como “gran lectora, no sólo del periódico”, quien ya figuraba desde hace algún tiempo en sus textos como “la mar”, personaje literario e interlocutora femenina.

Pero todavía no es tiempo de arrancarse el antifaz. “Lo que quieren es que nos quite-mos la máscara para que ya no nos volteen a ver [...] Lo que están diciendo es ‘deja de ser lo que eres, deja de ser zapatista y entonces hablamos’” (Marcos/Noriega 2001). Pero por lo pronto, quieren seguir hablando como lo que son, zapatistas, sin rostro, “sólo mirada y voz”.

<sup>20</sup> “No da para más”, me comentó, desilusionada, una amiga –lectora aguda de los signos– al enterarse de la argolla, “hay que sustituirlo por otro”.

Al momento de redactar estas líneas, a finales de marzo del 2001, la disputa escénica se traslada, literalmente, a otro escenario, el de la política formal: la tribuna del Congreso mexicano. El hecho de que los insurgentes hayan logrado, todavía enmascarados, subir a esta escena<sup>21</sup>, la más tradicional de cualquier democracia parlamentaria pero la más novedosa para lo que ha sido el presidencialismo mexicano, representa ya de por sí una conquista altamente significativa. Quizás lo más significativo de esta presencia zapatista en el Congreso fue una ausencia inesperada: para sorpresa (y desencanto) de reporteros y legisladores, el subcomandante Marcos no apareció en aquella sesión insólita del Congreso. Cedió la escena, ahora sí literalmente, a los hablantes indígenas. Con su no-presencia, el “submarcos”, como lo llamó desde la tribuna la “comandante Esther”, confirma una vez más lo que hemos afirmado a lo largo de este ensayo: que es y se concibe a sí mismo como voz, en todo caso *ghostwriter*, no persona, y menos que nada político. ¿Qué político, por guerrillero que sea, se hubiera perdido la posibilidad de estrenarse en lo que se considera la máxima tribuna del país?

Por primera vez se disputa un mismo escenario. Fue ahí donde el nuevo presidente tomó posesión de su cargo, arraigado en el indiscutible capital político de su legitimidad electoral. Es ahí donde se despliega, una vez más, el capital simbólico del EZLN. Y será precisamente ahí donde se discutirá el lugar que se le piensa dar a los “pueblos indios” en la nueva configuración republicana. Está por verse si el Congreso tripartito, integrado en su mayoría por actores-legisladores poco experimentados (y preocupantemente prejuiciados acerca del llamado “tema indígena”), estará a la altura de este nuevo poder efectivo que le fue transferido.

Evidentemente, no termina ahí la lucha por la última palabra. El zapatismo post-clandestino, indispensable actor del nuevo teatro mexicano, sin duda tendrá que construirse nuevos escenarios, fuera de la Selva Lacandona y más allá del debate por reformas constitucionales. Lo que hasta hoy ha sido teatro experimental y flotante –irreverente, provocador y lúcido– requerirá salas, recursos y más público para poner en escena lo que anuncia como “otra forma de hacer política” para que, tal vez algún día, el auditorio deje de ser solo auditorio. En ello, desafiando e incomodando el limitado imaginario de la *realpolitik*, que no puede pensar en otro desenlace que no fuera un partido y una ONG, apuestan a lo impensable. “Estamos entrando en una escuela que no existe, pues”, le dice el comandante Tacho a Le Bot (1997: 238). Pero que empieza a inventarse, añadiría yo, nombrándola.

Sea cual sea el desempeño de un presidente, cuyo imaginario no trasciende la filosofía simplista del *management*, de un congreso que tardará en adaptarse al nuevo libreto democrático y de una sociedad en buena parte sumergida todavía en la inercia autoritaria: la visibilidad que han adquirido los indios insurgentes en sus siete años de clandestinidad pública y sus pocas semanas de haber salido de ella, desarmados (de rifles), ya no será borrable. “Llegamos”, decía Marcos aquel domingo soleado en pleno corazón de la

---

<sup>21</sup> La comparecencia de los insurgentes en la tribuna del Congreso fue permitida finalmente después de arduos debates entre las fracciones parlamentarias y en contra del voto del Partido Acción Nacional (PAN), el día 28 de marzo del 2001. Durante cinco horas, cuatro comandantes indígenas y tres delegados del Congreso Nacional Indígena (CNI) expusieron –en una sesión juzgada unánimemente como “histórica”– las razones en favor de la aprobación de las reformas constitucionales previstas en la llamada ley Cocopa.

Ciudad de México, dándole justamente la espalda al Palacio Nacional. “Aquí estamos”. Nada más. Y nada menos.

## Bibliografía

- Álvarez, E. Sonia, Evelina Dagnino y Arturo Escobar (eds.) (1998): *Cultures of Politics. Politics of Cultures. Re-visioning Latin American Social Movements*. Colorado/Oxford: Westview Press.
- Bartra, Roger (1996 [1987]): *La jaula de la melancolía*. México: Grijalbo.
- Belausteguigoitia, Marisa (1995): “Máscaras y posdatas: estrategias femeninas en la rebelión indígena de Chiapas”. En: *Debate Feminista* 11/6.12: 299-317, México.
- Borso, Vittoria (1994): *Mexiko jenseits der Einsamkeit - Versuch einer interkulturellen Analyse. Kritischer Rückblick auf die Diskurse des Magischen Realismus*. Francfort/M.
- Brand, Ulrich y Ana Esther Ceceña (eds.) (2000): *Reflexionen einer Rebellion. “Chiapas” und ein anderes Politikverständnis*. Münster: Westfälisches Dampfboot.
- Carbó, Teresa (1984): *Discurso político: Lectura y análisis*. México: CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 105).
- (1995a): *El discurso parlamentario mexicano entre 1920 y 1950*. México: CIESAS/Colegio de México.
- (1995b): “Representaciones discursivas en la atención institucional mexicana post-revolucionaria a los grupos étnicos nacionales” (manuscrito), México.
- (1997): “Who are they? The Rhetoric of Institutional Policies Towards the Indigenous Populations of Postrevolutionary Mexico”. En: Stephen Harold Riggins (ed.): *The Language and Politics of Exclusion*, SAGE Publications, Thousand Oaks/London/New Dehli: 88-108.
- Castaños, Fernando (1984): “Las categorías básicas del análisis del discurso y la disertación”. En: *DisCurso, teoría y análisis*, 5: 11-27, México.
- Ceceña, Ana Esther (1999): “El mundo del nosotros. Entrevista con Carlos Lenkerdorf”. En: *Chiapas*, 7: 191-205, México (Instituto de Investigaciones Económicas/Ed. Era).
- Disselnkötter, Andreas, Dorothee Meer y Matthias Thiele (1996): “Progno statt Retro: Prognosen und Interventionen der Diskurswerkstatt Bochum und der Zeitschrift *kultuRRRevolution* auf diskurstheoretischer Basis”. En: *Osnabrücker Beiträge zur Sprachtheorie*, 53: 113-132, Oldenburg.
- Forget, Peter (1988): “Diskursanalyse vs. Literaturwissenschaft”. En: Jürgen Fohrmann y Harry Müller (eds.): *Diskurstheorien und Literaturwissenschaft*. Francfort/M: Suhrkamp: 311-329.
- Foucault, Michel (1999): *Botschaften der Macht. Der Foucault-Reader, Diskurs und Medien / Michel Foucault editado por Jan Engelmann*, Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt.
- Frank, Manfred (1988): “Zum Diskursbegriff bei Foucault”. En: Jürgen Fohrmann y Harry Müller (eds.): *Diskurstheorien und Literaturwissenschaft*. Francfort/M: Suhrkamp: 25-43.
- Gilly, Adolfo, subcomandante Marcos y Carlos Ginzburg (1995): *Discusión sobre la historia*. Taurus, México.
- Guillén Vicente, Rafael Sebastián (1980): *Filosofía y educación, prácticas discursivas y prácticas ideológicas*. Tesis de licenciatura presentada en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Guillermoprieto, Alma (2001): “Historia de un rostro”. En: *Letras Libres*, México, marzo de 2001: 40-48.
- Hamill, Pete (2001): “La máscara como estrategia”. En: *Letras Libres*, México, marzo de 2001: 62-69.
- Hiriart, Hugo (2001): “Baile de Máscaras”. En: *Letras Libres*, México, marzo de 2001: 12-13.
- Holloway, John (1997): “La revuelta de la dignidad”. En: *Chiapas*, 5: 7-40, México (Instituto de Investigaciones Económicas/Ed. Era).

- Huffschnid, Anne (ed.) (1995): *Subcomandante Marcos. Ein maskierter Mythos*. Berlín: Elefanten Press.
- (1997): “Die Wortergreifung. Notizen zu einer Diskursguerilla”. En: REDaktion (eds.): *Chiapas und die Internationale der Hoffnung*. Colonia: ISP Verlag: 137-146.
- (1998): “Wortergreifung und ‘Low Intensity Revolution’ - zur realutopischen Provokation der mexikanischen Zapatistas”. En: *Widerspruch. Beiträge zur sozialistischen Politik*, 17.34: 123-136, Zurich.
- (2000): “Spinnen im Netz. Zapatismo als Maskerade und paradoxe Politik”. En: Ulrich Brand y Ana Esther Ceceña (eds.), *Reflexionen einer Rebellion. “Chiapas” und ein anderes Politikverständnis*, Münster: Westfälisches Dampfboot: 136-176.
- Krauze, Enrique (2001): “El evangelio según Marcos”. En: *Letras Libres*, México, marzo del 2001: 18-23.
- Laclau, Ernesto (1988): “Die Politik als Konstruktion des Undenkbaren”. En: *kultuRRevolution*, 17/18: 54-5, Bochum.
- Letras Libres* (2001): “Máscara o Transparencia“ (editorial), México, marzo: 10.
- Le Bot, Yvon (1997): *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Link, Jürgen (1986): “Noch einmal: Diskurs. Interdiskurs. Macht”. En: *kultuRRevolution*, 11: 4-7 y 70-71, Bochum.
- (1988): “Literaturanalyse als Interdiskursanalyse. Am Beispiel des Ursprungs literarischer Symbolik in der Kollektivsymbolik”. En: Jürgen Fohrmann y Harry Müller (eds.): *Diskurstheorien und Literaturwissenschaft*. Francfort/M: Suhrkamp: 284-307.
- (1994): “Zwischenbericht über Diskursguerilla im Normalismus (das Projekt *kultuRRevolution*, Zeitschrift für angewandte Diskurstheorie)”. En: Hans-Günter Thien (ed.), *Bücher, nichts als Bücher*, Münster: 122-134.
- Link, Jürgen y Ursula Link-Heer (1990): “Diskurs/Interdiskurs und Literaturanalyse”. En: *Zeitschrift für Literaturwissenschaft und Linguistik*, 77: 88-99.
- Maihold, Günther (1986): *Identitätssuche in Lateinamerika. Das indigenistische Denken in Mexiko*. Saarbrücken: Breitenbach.
- Mier, Raymundo (1995): *La invención de los horizontes políticos: la palabra zapatista* (manuscrito), México.
- Moreno, Alejandro (1998): “Yepa, Yepa, la palabra es de quien la trabaja” (entrevista con Luis de la Peña). En: *Guillotina*, 39: 34-37, México.
- Raiter, Guillermo Alejandro e Irene Inés Muñoz (1996): “El discurso zapatista, ¿un discurso posmoderno?” En: *Discurso, teoría y análisis*, 20: 39-59, México.
- Rojos Arias, Sofia (1997): “Las tres llaves que abren las tres cadenas: los valores políticos”. En: *Chiapas*, 4: 43-68, México (Instituto de Investigaciones Económicas/Ed. Era).
- Schöttler, Peter (1986): “Sozialgeschichte, ‘Erfahrungsansatz’ und Sprachanalyse”. En: *kultuRRevolution*, 11: 56-60, Bochum.
- (1988): “Sozialgeschichtliches Paradigma und historische Diskursanalyse”. En: Jürgen Fohrmann y Harry Müller (eds.), *Diskurstheorie und Literaturwissenschaft*. Francfort/M: Suhrkamp: 159-200.
- Vázquez Montalbán, Manuel (1999a): *Marcos, el señor de los espejos*. Madrid: Aguilar.
- Verón, Eliseo (1987): *Construir un acontecimiento*. Buenos Aires: Gedisa editorial.

## Fuentes periodísticas

- Delgado, René (2000): “Marcos y Fox” (columna). En: *Reforma*, 22-7-2000.
- Dresser, Denise (2001a): “¿Desenmascarar a Marcos?” (columna). En: *Reforma*, 5-2-2001.
- (2001b): “La Presidencia como Espectáculo”. En: Suplemento *Hoja x Hoja* del diario *La Jornada*, 3-3-2001.

- González Casanova, Pablo (1997): “La Teoría de la Selva. Contra el neoliberalismo y por la humanidad (Proyecto de intertexto)”. En: *Perfil de La Jornada*, 6-3-1997.
- La Jornada* (1999): “El EZLN proyecta una realidad virtual del conflicto” (nota), 6-5-1999.
- (2000): “El diálogo con el EZLN, ‘asunto muy menor’, insiste Zedillo”, 1-2-2001.
- (2001a): “Los mexicanos ven con esperanza la visita de Sebastián Guillén al DF: Fox” (nota), 30-1-2001.
- (2001b): “Marcos va a favor del México que queremos, la plena integración del mundo indígena (entrevista de Carmen Aristegui)”, 1-2-2001.
- (2001c): “Fox pide a los mexicanos apoyen marcha zapatista” (nota), 15-2-2001.
- (2001d): “Somos un gobierno de derechos y no de derecha, responde Fox al EZLN” (nota), 9-3-2001.
- Le Bot, Yvon (1996): “El gran mensaje de Marcos: poner en el escenario la visión indígena de la democracia” (entrevista). En: *Proceso* 1014, 8-4-1996.
- Moguel, Julio (2001): “La palabra indígena de Marcos (el mensaje de Nurío)”. En: *La Jornada*, 9-3-2001.
- Monsiváis, Carlos (1994): “Carta al Subcomandante Marcos”. En: *La Jornada*, 27-7-1994.
- (2001): “El indígena visible”. En: *La Jornada* 1270, 4-3-2001.
- Pando, Santiago (2000): Nota en la revista *Creativa*, septiembre del 2000.
- Proceso* 1258: “Fox y Marcos: la competencia mediática” (nota de María Scherer Ibarra), 10-12-2000.
- Proceso* 1264: “Imagen vs. Imagen / Fox y Marcos: pacificador contra inconforme.”, 21-1-2001.
- Proceso* 1269: “Un comercial de Viana entra al chacoteo político” (nota), 25-2-2001.
- Proceso* 1271: “Marcos, el actor” (nota/entrevista), 11-3-2001.
- Reforma* (2001a): “Me encantaría un diálogo en los Pinos” (entrevista de Mayté Noriega a Fox, suplemento *Enfoque*), 11-2-2001.
- (2001b): “Distribuyen foto oficial de Fox” (nota), 15-2-2001.
- (2001c): “Mensaje de Presidente Fox a la Nación” (inserción pagada), 24-2-2001.
- (2001d): “Mensaje de Presidente Fox a la Nación” (inserción pagada), 3-3-2001.
- (2001e): “Nuestra estrategia está funcionando” (entrevista Santiago Creel), 22-3-2001.
- Sarmiento, Sergio (2001): “Máscaras” (columna). En: *Reforma*, 2-2-2001.
- Sicilia, Javier (2000): “La ética de Fox y Marcos y la realidad” (columna). En: *Proceso* 1239, 30-07-2000.
- (2001): “Fox-Madero, Marcos-Zapata” (columna). En: *Proceso* 1271, 11-3-2001.
- Vázquez Montalbán, Manuel (1999b): “Marcos me atrae como metáfora de la modernidad” (entrevista). En: *La Jornada*, 16-2-1999.
- (2001): “Los políticos deberían citar a Jorge Luis Borges” (entrevista). En: *Reforma*, 16-3-2001.

## Textos zapatistas

### *Documentos*<sup>22</sup>

- EZLN-1: “¿De qué nos van a perdonar?”. En: *La Jornada*, 21-01-1994.
- EZLN-2: “Votán Zapata” [11.4.1994]. En: EZLN 1994: 210-213.

<sup>22</sup> Enumerados en orden cronológico. Si no se indica fuente específica, se trata de textos que fueron enviados/obtenidos por internet (<www.ezlnaldf.org> y <www.ezln.org>).

- EZLN-3: “Aguascalientes”. En: *La Jornada*, 10-8-1994.
- EZLN-4: “Inauguración del *Encuentro Intergaláctico*” [27.7.1996]. En: EZLN 1996: 23-29.
- EZLN-5: “Carta al EPR”. En: *La Jornada*, 3-9-1996.
- EZLN-6: “Carta a Planeta Tierra.” En: *La Jornada*, 21-1-1998.
- EZLN-7: “Carta a Vicente Fox: Usted parte de cero en credibilidad y confianza”. En: *La Jornada*, 3-2-2000
- EZLN-8: *Ponencia durante el Zapatour*. Nurío, Michoacán, 3-3-2001.
- EZLN-9: *Ponencia en la caravana zapatista*. Cuernavaca, Morelos, 6-3-2001.
- EZLN-10: *Mensaje en la caravana zapatista* (transcripción). Tepoztlán, Morelos, 6-3-2001.
- EZLN-11: *Ponencia en la caravana zapatista*. Cuautla, Morelos, 7-3-2001.
- EZLN-12: *Ponencia en la caravana zapatista*. Xochimilco, Distrito Federal, 10-3-2001.
- EZLN-13: *Ponencia en la caravana zapatista*. El Zócalo, Distrito Federal, 11-3-2001.
- EZLN-14: *Ponencia presentada en el encuentro con intelectuales: “Los caminos de la dignidad*, Distrito Federal, 12-3-2001.

### Entrevistas

- Marcos/García Márquez, Gabriel (2001): “Era más fácil la guerra”. En: *Reforma* 24-3-2001.
- Marcos/Gelman, Juan (1996): “Nada que ver con las armas”. En: *La Jornada*, 21y 23-4-1996.
- Marcos/*La Jornada* (2001): “Entrevista de Carmen Aristegui, Javier Solorzano y Aurelio Fernández”. En: *La Jornada*, del 30-1-2001 al 2-2-2001.
- Marcos/Loaeza, Guadalupe (2001): “Detrás del pasamontañas - El amor ... en tiempos de guerra.” En: *Reforma*, 13 y 14-2-2001.
- Marcos/Monsiváis, Carlos (2001): “Marcos, gran interlocutor”. En: *La Jornada*, 8.1.2001.
- Marcos/Noriega, Mayté (2001): “Si hay paz volvemos a la vida civil”. En: *Reforma (suplemento Enfoque)*, 4-2-2001.
- Marcos/Scherer, Julio (2001): “La entrevista insólita”. En: *Proceso* 1271, 11-3-2001.

### Libros

- EZLN (1994): *Documentos y Comunicados*. México: Ed. Era.
- EZLN (1995): *Documentos y Comunicados 2*. México: Ed. Era.
- EZLN (1996): *Crónicas intergalácticas. Primer encuentro intercontinental por la humanidad y contra el neoliberalismo*. México: s. ed.
- EZLN (1997): *Documentos y Comunicados 3*. México: Ed. Era.
- Sub Marcos (1997): *Cuentos para una soledad desvelada*, editado por el Colectivo Ecosol/FZLN, Barcelona/México.
- Subcomandante Marcos (1999): *Desde las montañas del sureste mexicano*, México: Plaza y Janés.
- (2000): *Detrás de nosotros estamos ustedes*. México: Plaza y Janés.